


El cuidador de elefantes

CHRISTOPHER NICHOLSON

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

gatopardo ediciones 

Título original: *The Elephant Keeper*

© Christopher Nicholson, 2009

© de la traducción: Benito Gómez Ibáñez, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2018

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Jumbo y su cuidador*, 1822,

Edward Bierstadt, Collection on P. T. Barnum,

cortesía de Tufts Digital Library

ISBN: 978-84-17109-56-1

Depósito legal: B-22838-2018

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre

PRIMERA PARTE
Sussex, 1773

VEINTICUATRO DE ABRIL. Hace seis días que lord Bidborough, acompañado de otro caballero, vino a la Casa del Elefante, y después de hacer las habituales indagaciones sobre mi pupila, que en aquel momento estaba comiendo heno tranquilamente, me preguntó si era cierto que, según le habían dicho, yo sabía leer. Le contesté que mis padres pusieron en mis manos varios libros que leí con detenimiento, juntando las letras hasta que empezaron a tener sentido; con lo cual su señoría me preguntó cuáles eran tales libros, y yo mencioné la Biblia, *El progreso del peregrino* y *Los viajes de Gulliver*. Esta última obra, dije, me fascinó y embelesó de tal manera que empecé a acariciar el sueño de embarcarme y viajar a remotas partes del mundo en busca de fortuna y aventura, una ambición de la que mi padre me disuadió señalando los peligros que acechaban en semejante travesía y recomendando que me conformara con lo que me había tocado en suerte. Lord Bidborough me escuchó con atención.

—Parece que tu padre estuvo acertado —observó sonriendo—. Muchas vidas se han desperdiciado en la búsqueda de la aventura. ¿Tus padres también sabían leer y escribir?

—Sabían leer, milord, pero apenas eran capaces de escribir una palabra.

—¿Pero tú sí aprendiste a escribir?

Le contesté que me habían enseñado a escribir en la escuela del pueblo, y que había aprendido pasablemente aquel arte, si bien llevaba mucho tiempo sin escribir.

En eso intervino el otro caballero, que era el doctor Goldsmith:

—Por lord Bidborough sé a ciencia cierta que sabes hablar la lengua del elefante.

Le expliqué, con toda cautela, que podía comunicarme con el elefante haciendo ciertos sonidos y señales, y que también era capaz de interpretar determinados signos y ruidos emitidos por el animal; pero que ninguno de ellos iba más allá de lo que un hombre hacía con sus perros favoritos. Así como un perro obedecía si le ordenaban que se postrara, se sentara o saliera de la habitación, así, de igual modo, podía yo indicar a la elefanta que se arrodillara, enroscara la trompa o realizara otras acciones. El doctor Goldsmith lanzó una mirada a lord Bidborough, que dijo:

—Tom, al doctor Goldsmith le interesaría mucho ver una muestra de esa comunicación.

Accedí de buena gana, sacando a la elefanta del establo y dejándola en el patio, donde le pedí que estrechara la mano al doctor Goldsmith; es decir, que le estrechara la mano con la trompa, cosa que, para sorpresa del doctor, procedió a hacer. Al oír la orden, se arrodilló, muy despacio y con cuidado, como suelen hacer los elefantes, después de lo cual le hice una seña con las manos y se tumbó de costado con toda delicadeza.

Lord Bidborough preguntó si en realidad no era ésa una forma de lenguaje. El doctor Goldsmith repuso que se trataba de algo verdaderamente notable:

—Pero —prosiguió— ¿no se considera al elefante casi como un animal pensante?

Lo discutieron durante unos minutos mientras la elefanta yacía en el suelo, observándome con sus ojos de largas pestañas, a la espera de la señal para levantarse. Por el

leve temblor de la trompa se adivinaba que estaba a punto de perder la paciencia, pero por lo demás permanecía quieta y sumisa.

Al cabo de un momento los dos caballeros dieron una vuelta alrededor de su cuerpo, inspeccionándolo, tocándolo con la punta del bastón y formulando más preguntas sobre su alimentación y su edad. El doctor Goldsmith, que había sacado del bolsillo un cuaderno y un lápiz de grafito, tomaba nota de mis respuestas. Le intrigaba, como siempre ocurre tanto con las señoras como con los caballeros, su trompa, que él denominó *probósida*. Tras arrodillarse para tocarla, cosa que hizo con cierta precaución, me pidió que le explicara su objeto y función. Le contesté que tenía un doble propósito: no sólo era un conducto respiratorio, como la nariz humana, algo sumamente sensible, sino que también servía de brazo y de mano, y en ese aspecto era tan prodigiosamente fuerte, capaz de arrancar ramas de los árboles y de arrojar piedras, como enormemente hábil, ya que con ella podía desatar cuerdas o recoger del suelo objetos menudos, como un trozo de paja o un alfiler, a voluntad. Pedí al doctor Goldsmith que dejara el lápiz en el suelo; seguidamente, tras hacer que se pusiera en pie, le pedí que lo recogiera y se lo devolviera, cosa que hizo con la mayor cortesía y con cierto brillo de diversión en los ojos. Lord Bidborough observó gravemente que «el macho de la especie humana también posee un órgano con doble función».

Con objeto de mostrar la fuerza de la elefanta, me ofrecí a ordenarle que alzara al doctor Goldsmith en el aire, tal como a menudo había hecho en el pasado con conocidos de su señoría. Aunque claramente tentado, el doctor Goldsmith manifestó interés por los posibles riesgos, preguntando si podía garantizarle que estaría completamente a salvo. ¿Era posible que la bestia lo arrojase al suelo o constriñera su *probósida* como una serpiente hasta el punto de cortarle la respiración? Le dije que no sentía recelo alguno a ese respecto, y que apostararía la vida en cuanto a

su seguridad; no obstante, si lo prefería, podría hacer la demostración ordenando a la elefanta que me elevase a mí en su lugar. El doctor Goldsmith estaba a punto de aceptar mi sugerencia, cuando lord Bidborough, con una maliciosa sonrisa, le preguntó si tenía miedo. Al doctor Goldsmith pareció molestarle un poco la ocurrencia.

—En verdad, milord, no siento el menor temor, pero cuando se trata de mi propia vida suelo hacer uso de cierta prudencia; no obstante, en este caso me limitaré a confiar en el consejo de su señoría. Si al final muero asfixiado, dejo mis asuntos en orden; estoy preparado para ir al encuentro de mi Hacedor.

Diciendo esto se quitó la casaca y abrió los brazos, sosteniendo con una mano el bastón, con la otra el lápiz y el papel, al tiempo que yo daba instrucciones a la elefanta. El doctor Goldsmith es de corta estatura, de frente amplia sobre un rostro picado de viruela y surcado de profundas arrugas; y su expresión, mientras la elefanta extendía la trompa, la enrollaba en torno a su cintura, sujetándolo, y lo elevaba sin esfuerzo aparente por el aire, era tal, que lord Bidborough reía con ganas.

—¿Lo aprieta mucho? —preguntó alzando la voz.

El doctor Goldsmith, a unos dos metros y medio del suelo, no hizo caso de su regocijo, declarando en cambio con voz afectadamente tranquila que la perspectiva era condenada... buena, y que se sentía tan cómodo como si estuviera sentado en una magnífica butaca; en realidad, de haber estado provisto de un libro o un catalejo, habría estado muy contento de pasarse toda la tarde entre las espirales de la elefanta. No obstante, cuando le pregunté si le gustaría sentarse a lomos del animal o bajar al suelo, contestó que cuando fuese conveniente quedaría muy agradecido si pudieran volver a depositarlo en *terra firma*. La elefanta lo bajó al suelo y lo soltó. El doctor Goldsmith estaba un poco colorado, pero no excesivamente, y cuando le devolví la casaca, me agradeció mucho la experiencia, que jamás olvidaría.

Recompensé la obediencia de la elefanta con una manzana que llevaba a tal efecto en el bolsillo. Cogiéndola ansiosamente con la punta de la trompa, se apresuró a lanzarla a la sima de sus fauces. Pues para un elefante esa recompensa es como un confite para un niño.

Fue entonces cuando lord Bidborough me preguntó si, dándome provisión de pluma, tinta y papel, estaría dispuesto a escribir una Historia del Elefante. Afirmó que nadie había escrito antes una historia así, y que una narración que describiera las características del animal, su comportamiento, hábitos e inteligencia, escrita por alguien como yo, que poseía un conocimiento profundo de la criatura, sería de enorme interés para mucha gente importante de Londres y otros lugares. En ello convino el doctor Goldsmith, asegurándome que rendiría un servicio a la Humanidad escribiendo acerca de tan noble animal. Me quedé muy sorprendido y, por un momento, tan intimidado por la perspectiva que apenas acerté a responder; al cabo dije que temía no poseer aptitudes suficientes.

—No tengas miedo, Tom —me dijo lord Bidborough—. Sólo se precisa una simple enumeración de detalles. En la práctica, escribir no es muy diferente de hablar, ¿verdad, doctor Goldsmith?

—En efecto, milord, escribir es como hablar; o, en realidad, como montar a caballo; una vez que se acomoda uno en la silla, resulta bastante fácil. Un toque con la fusta, y allá que vamos. Claro que lo mismo que hay buenos y malos jinetes, también hay buenos y malos escritores, pero todo el mundo tiene aptitudes para escribir, siempre y cuando crea en ellas.

Aunque yo albergaba ciertas dudas sobre el asunto, estaba claro que, al ser su señoría mi amo, no tenía más remedio que aceptar la petición, lo que hice sin objeciones. Me dio las gracias y añadió que le diría al señor Bridge que mandara recado de escribir a la Casa del Elefante. Como era de esperar, aquel día llegó uno de los pajes con tres plumas de ganso, veinte pliegos de papel y un tintero de cuerno.

A duras penas soy capaz de describir la desesperación que aquella misma noche se apoderó de mí. Enseguida se me ocurrió un título, *La Historia del Elefante. Escrita por Thomas Page*; a lo que añadí: *Cuidador de Elefantes de lord Bidborough de Easton, en Sussex*; no obstante, después de eso no se me ocurría cómo seguir. Frases a medias se removían en mi mente como pelusas en el aire; cuando quería alcanzarlas, se me escapaban. ¿Y por qué, pensaba yo, tengo que escribir esta historia? ¿Acaso algo escrito por un simple criado, hijo de un caballero, cuidador de un elefante, puede ser de interés para unos ilustrados caballeros de Londres? En un momento determinado, según recuerdo, me quedé mirando durante varios minutos la palabra «Elefante» hasta que las letras parecieron disolverse ante mis ojos, pasando de ser partes de un alfabeto a líneas y formas sin sentido alguno. Flotando a la luz de la vela, parecían transformarse en un animal, en una larga bestia plana con la «E» por cabeza y la «t» por rabo.

Al cabo, acordándome de la «simple enumeración de detalles» de lord Bidborough, logré escribir una primera frase: «El Elefante es, sin Disputa, el Animal más grande del Mundo»; sin embargo, antes de que se hubiera secado la tinta, me sentí lleno de dudas. Porque, pensé, el elefante no es el animal más grande del mundo: hay criaturas en el mar, ballenas, y el Leviatán (que algunos consideran como una especie de ballena), que son mucho mayores que los elefantes. Así que taché la primera frase y, en su lugar, escribí: «El Elefante es, sin Disputa, la Criatura más grande de todo el Mundo terrestre», lo que, tras nueva reflexión, cambié por: «No cabe Disputa sobre que el Elefante sea la más grande y formidable Criatura de todo el Mundo terrestre». Luego me puse a dudar de que también eso fuera cierto. ¿Quién sabe lo que contiene el mundo? ¿Quién sabe lo que es motivo de disputa? Vi a los caballeros de Londres, que murmuraban su desacuerdo sacudiendo la cabeza. Taché de nuevo y escribí: «Suele creerse que el Elefante es la más grande y formidable Criatura de todo el Mundo terrestre.

En su pleno Desarrollo, llega a medir dieciséis pies de Altura, o más». Otra vez muchas dudas, pero en mi desesperación seguí adelante: «Aunque la Naturaleza ha sido generosa con el Elefante al dotarlo de esa gran Talla, cabe observar que se ha mostrado descuidada en cuanto a la Forma; porque en general se considera al Elefante como un Animal de lo más Grotesco». Revisé eso y volví a escribir: «porque en general se considera al Elefante un Animal de lo más pesado y difícil de manejar. Su Rasgo principal es la larga Protuberancia que se le extiende a partir de la Nariz, conocida con el nombre de Trompa». Taché ahora «trompa» y escribí «probósida», porque pensé que agradaría al doctor Goldsmith y a los otros caballeros ilustrados, pero la palabra me sonaba tan rara que resolví no utilizarla y volví a «Trompa». Sin embargo, me asaltó una nueva duda, la de si había sido enteramente preciso: porque, cabría argumentar, la trompa del elefante no se extiende a partir de, sino que es la nariz. Pues ¿qué es una trompa, sino unas buenas y muy largas napias? A pesar de ello, continué: «De amplias Orejas, suele tener la Piel gris. Es conocido como el Animal casi pensante y se lo considera la más sagaz de las Criaturas. El Elefante suele mostrar un Temperamento pacífico, aunque es famoso por su Bravura, Valor y Voluntad de presentar Batalla a Leones y Tigres, si lo provocan».

El sufrimiento que me costó escribir esas pobres frases fue enorme, y aquella noche me desperté y me quedé pensando en la oscuridad: lord Bidborough cuenta con que escriba esta Historia, y por tanto debo hacerlo, porque lord Bidborough es mi amo; pero no sé nada de los elefantes en su estado natural, en las Indias y El Cabo. Hay muchas historias sobre estos animales, algunas de las cuales me ha contado el señor Coad, pero no sé si serán ciertas. Ignoro si es verdad que, cuando se hacen mayores, tienen la piel tan dura que ninguna espada puede atravesarla, o si tienen sus propios reyes, a quienes sirve un tropel de elefantes siervos, o si es cierto que rinden culto a la luna.

Ni siquiera sé a ciencia cierta si luchan con leones y tigres. ¿Cómo podría escribir más allá de mis conocimientos, salvo a través de ciertas conjeturas, y, en ese caso, qué valor tendría? Además (proseguí, discutiendo conmigo mismo), diga lo que diga su señoría, escribir no es lo mismo que hablar; la gente no escribe igual que habla. Al hablar, empleamos palabras corrientes, comunes, que fluyen de los labios como agua de la fuente, mientras que, al escribir, utilizamos un vocabulario diferente. Al hablar, un hombre *ve* un elefante, pero, cuando tiene la pluma en la mano, lo *observa*, o lo *contempla*. No *se topa*, sino que *se encuentra* con un elefante, y en vez de *tratar de montar* en ese mismo elefante, *se propone*, *se esfuerza* o *se empeña* en subirse a su lomo. Hay un lenguaje completamente distinto para escribir que en buena parte desconozco. No sabré redactar esa Historia, soy incapaz.

La siguiente vez que vi, es decir, la siguiente vez que me *encontré* con lord Bidborough, le supliqué que me excusara de la tarea. Leyó la página que había escrito (para mi vergüenza, no sólo estaba cubierta de tachaduras, sino también de numerosos churretes y borrones).

—Vaya, Tom —me dijo con una sonrisa—, ¿es tan pesada y difícil de manejar? ¿Te refieres a la trompa o a la criatura entera?

—Milord —respondí tartamudeando—, no creo que sea pesada y difícil de manejar, pero es que... al principio había escrito un «animal grotesco». ¿Sería mejor «feo»?

—¿Feo? El elefante es sin duda lo que la Naturaleza pretende que sea. Para mí, es de una belleza notable.

—Para mí también, milord. Pero si escribo que la elefanta es bella...

Vacilé, confuso.

Lord Bidborough me miró con su aire comprensivo.

—Discúlpame, Tom, ya veo que has trabajado mucho en esto, aunque no es lo que yo pretendía. No deseo que escribas una Historia de los elefantes en general, sino de esta hembra de elefante en particular. Quisiera que escribieras

una historia de vuestra vida en común, en la que empezaras relatando la primera vez que la viste, y continuaras a partir de ahí. Y si en tu opinión la elefanta es bella, pues bueno, eso es lo que debes decir.

—Sí, milord —repuse.

Vacilé de nuevo, incapaz de manifestar la magnitud de mis reservas salvo con la expresión del semblante, que me ardía.

—Mira, Tom —me advirtió—, con tal de que lo que escribas sea preciso y no dependa de la imaginación, mientras sea fiel a la verdad, no podrás equivocarte demasiado.

—Sí, milord.

Después de devolverme la página, que yo cogí de muy mala gana, prosiguió:

—A propósito, Tom, aunque se trata de una minucia..., con respecto al estilo, no hay necesidad de emplear mayúsculas de forma tan generosa como lo has hecho. Hace tiempo, lo sé, se consideraba correcto prodigarlas siempre que fuera posible; pero esa moda, como suele ocurrir, ya ha pasado.

—No las utilizaré en absoluto, milord.

—No, no —dijo sonriendo—, debes utilizarlas cuando se trate de nombres propios y al principio de la frase, y también, quizá, si deseas destacar la importancia de algo en concreto; en esos casos tienen valor y, efectivamente, son necesarias. Por lo demás, se puede prescindir de ellas. No obstante, es algo de poca importancia, que apenas merece la pena mencionar.

—¿Puedo utilizar mayúscula para la elefanta, milord?

—Pues..., si lo deseas. Al fin y al cabo constituye el centro de la historia, y en consecuencia tiene mucha importancia, ¿verdad? Sin embargo, quizá no debería haberlo mencionado. Tu objetivo, Tom, debería ser la simple verdad. Concéntrate en eso y no tendrás grandes dificultades.

—Sí, milord.

Me parece que con ello me comprometí a intentarlo otra vez, es decir, a procurarlo, a esforzarme, a empeñar-

me otra vez (como empeñarme, según creo, es la palabra más imponente, estoy decidido a prodigarla siempre que sea posible), aunque persisten mis dudas: porque no tengo aptitudes para el arte de la composición, y mucho me temo que, aun llevando a buen término la historia, resultará un asunto aburrido, dado que no soy ningún Gulliver y no tengo aventuras con las que rellenar las páginas.

HISTORIA DEL ELEFANTE

CAPÍTULO 1

Nací en el pueblo de Thornhill, en Somersetshire, en el año de nuestro Señor de 1753, y fui el mayor de dos hijos. Mi padre era el caballero mayor del señor John Harrington, comerciante de azúcar y dueño de media docena de buques mercantes registrados en la ciudad de Bristol; con ellos había ganado una fortuna suficiente para comprar una propiedad compuesta por más de dos mil acres de bosques y tierras de cultivo. Al señor Harrington le complacía mucho pasear a caballo por sus terrenos, y mantenía una cuadra de diez monturas. Desde muy temprana edad, con poco más de dos o tres años, me separaba de mi madre para ir a pie con mi padre del pueblo a las cuadras. Me encantaba el calor del establo y el olor dulzón a paja y estiércol, y adoraba a los caballos, de hocicos suaves, orejas largas y mirada inteligente. Los consideraba amigos míos, y les ponía nombres. Había una yegua ruana, con una mancha blanca en la cabeza, a la que llamaba *Starlight*; la besaba en el hocico y le hablaba, contándole historias para tenerla entretenida, y ella alzaba las orejas y parecía escuchar. La quería mucho y estaba convencido de que ella también me quería a mí: imaginaba, incluso, que yo no era un ser humano sino un caballo. Una noche de verano, cuando tenía unos seis años, me quedé dormido en el heno junto a ella, lo que causó gran alarma en mi familia, con mi madre y mi

padre pasándose la noche sin dormir en la creencia de que me habían raptado los gitanos, como solía ocurrir alguna que otra vez en aquellos días. Cuando me encontraron, no sabían si regocijarse o mostrarme su enojo.

Teniendo todo eso en cuenta, podría deducirse que pasé una infancia solitaria, y sin embargo disfrutaba de la compañía de los demás niños de Thornhill y Gillerton, y también de la de mi hermano, Jim, porque ambos jugábamos juntos en las caballerizas. No obstante, en las cuadras del señor Harrington había seis caballos de tiro, dos de caza y dos de silla, es decir, caballos de paseo, y mientras que los de tiro eran animales plácidos y pesados, los de caza y de silla tenían algo de purasangres y su temperamento era mucho menos de fiar. En particular, uno de los caballos de caza, un corpulento castrado zaino, era de temperamento muy nervioso, y un día soltó una coz a Jim, asesiéndole un severo golpe en el entrecejo. Se vio obligado a guardar cama y a permanecer a oscuras durante más de una semana, y aunque se recuperó, el recuerdo del accidente se materializó en forma de cicatriz en la frente, con el fastidio de unos continuos dolores de cabeza; a ello se debió, más que a otra cosa, según creo, ese carácter tímido y retraído que lo preparó para que de mayor fuese jardinero. Le entró un gran miedo a los caballos, y desde entonces siempre evitó las cuadras.

Mi padre, que percibió mi adoración por los caballos, se ocupó de enseñarme todo lo que pudo sobre ese asunto. Me decía que, si a un caballo le faltaba aire para respirar, podía tener Paperas; si le fallaba la vista y se acostaba temblando, era señal de enfermedad del Tambaleo; si le olía mal el aliento, o le salía pus de los ollares, podía tener Úlcera, a menos que el pus fuese blanco, en cuyo caso eran los Ganglios, o negro, y entonces se trataba del Luto de la China, que es parecido a la tisis. Me enseñó a distinguir el color de la orina de las caballerías, y las características de sus deposiciones. En una ocasión me llevó ante un caballo de tiro que padecía de lombrices.

—Al caballo lo atacan tres clases diferentes de lombrices —me dijo—, reznos, solitarias y vermes rojos. Levántale el rabo.

Así lo hice, y entonces debía de ser muy pequeño, porque tenía los ojos justo a la altura del ano del animal.

—Ahora mete la mano.

Temía que me soltara una coz, pero mi padre me aseguró que no lo haría. Así que me puse de puntillas y le introduje la mano.

—Más adentro. Hasta el codo. Más. Y ahora, ¿qué notas? Con los dedos. ¿Sientes que se retuerce algo?

Le dije que sí, aunque no estaba seguro.

—Sácalo.

Lo saqué, y vi que entre los dedos húmedos tenía un pequeño gusano de cabeza grande y rabo pequeño.

—Éste es un rezo —me explicó mi padre—. Vive en el intestino grueso y es fácil de sacar. La solitaria y los vermes rojos anidan más arriba. La solitaria es negra y gruesa. El verme es largo, delgado y rojo.

Recuerdo que me asombraba el amplio caudal de conocimientos de mi padre, al que a su vez se lo había transmitido el suyo, y además poseía un preciado ejemplar de la *Ópera maestra* de Gervase Markham, considerada la Biblia del Herrador. No obstante, mi padre era muy suyo y no estaba conforme con todo lo que decía Markham; por ejemplo, en lo referente a los vermes rojos, el bueno de Markham sostenía que el primer remedio consistía en untar el bridón con excrementos humanos, y si eso fallaba, había que meter tripas de gallina por el garguero del caballo, mientras que mi padre, por el contrario, creía que era suficiente administrarle una severa purga, aunque eso sólo lo hacía con gran precaución. En general, los mozos de cuadra la consideran eficaz únicamente cuando provoca un tornado, pero una purga demasiado fuerte puede matar al animal, en particular si se trata de un caballo débil o delicado, o si padece una inflamación de la sangre. Sin embargo, no cabe duda de que la purga es muy útil a la hora

de limpiar impurezas. Todo mozo de cuadra tiene sus ingredientes favoritos para elaborarla, y mientras Markham prefería nitrato, mi padre empleaba palo de áloe y ruibarbo, o casia, con lo que hacía bolas del tamaño de un huevo de gallina que administraba en primavera y otoño.

También aprendí viendo cómo trabajaba mi padre, de tal modo que a los ocho o nueve años ya conocía las particularidades de un buen caballo: que la boca debe ser profunda, el pecho ancho, los hombros altos, el lomo amplio y la grupa al ras de la cruz, la lengua no muy grande, el cuello no demasiado largo, los ojos poco protuberantes. Aprendí a sangrar y purgar, a hacer toser al caballo, esto es, a comprobar el buen estado de su resuello, apretando el conducto superior de la tráquea entre el índice y el pulgar, así como a aplicar un laxante, es decir, despacio y ni frío ni caliente. Aprendí a saber la edad de un caballo por el estado de sus encías, por el brillo del pelaje y por el desgaste o la desaparición de cierta mancha en los incisivos que se presenta entre el quinto y el noveno año; pero también a descubrir una práctica engañosa consistente en limar algunos dientes hasta hacerlos desaparecer para que el animal parezca más joven; de hecho, recuerdo que mi padre me enseñó una vez una yegua vieja que, a juzgar por los ahuecados carrillos y el pelaje desvaído, debía de tener veinte años por lo menos, pero como le habían limado y cortado los dientes parecía diez años más joven. La lección más importante de mi padre, sin embargo, fue una que no me explicó con palabras sino con hechos: que los caballos son criaturas con inteligencia y emociones muy parecidas a las de los seres humanos, aunque en menor grado, y que cuando un caballo es díscolo o rebelde, no es lo mejor comportarse como un tirano sino armarse de amorosa paciencia para lograr su sumisión.

A los doce años empecé a trabajar de mozo de cuadra en Harrington Hall, y mientras me ocupaba de los caballos —almohazándolos, dándolos de comer, ejercitándolos y desempeñando un centenar de tareas en su beneficio—,

llegué a comprender algo, o eso creo, de sus sentimientos y procesos mentales. El tiempo afectaba notablemente a su estado de ánimo. En los días soleados de primavera y principios de verano, les encantaba correr por los campos y revolcarse en el suelo dando coces al aire, pero en los días de bochorno, cuando se acercaba el trueno, se ponían nerviosos e irritables, sobre todo si una concentración de moscas zumbaba en torno a sus ojos. Me daban lástima, igual que los compadecía cuando los montaban con demasiada dureza, como tantas veces ocurría cuando los llevaban de caza. En todos mis tratos con el señor Harrington, me pareció un amo muy justo y generoso, que nunca alzaba la voz con furia; sin embargo, cuando seguía a los perros, era un hombre distinto y trataba con brutalidad a su montura. En una breve cacería matinal, el señor Harrington fustigó y atormentó al mismo castrado zaino que había dado la coza a mi hermano, una bella criatura que gustaba de hacer cabriolas, dejándolo en un estado de gran padecimiento, jadeante y lleno de espuma, con sangre en torno a la boca y los ojos desorbitados. Con frecuencia me tocó aliviar a aquel pobre animal. Lo llevaba a su cuadra, que ya había preparado con un lecho de paja fresca, y allí le quitaba la brida, le aflojaba la cincha y le ponía un paño seco sobre el lomo; después le frotaba la cara, la garganta y la nuca y le daba una ración de heno. Mientras comía, le lavaba despacio las pezuñas con jabón y agua caliente, hasta el corvejón, y por último le quitaba la silla, le secaba el lomo y lo cepillaba de arriba abajo. Mientras tanto no dejaba de hablarle; porque aunque los otros mozos se burlaban de mí por esa práctica, a los caballos les gusta oír la voz humana, y poco a poco se iba calmando hasta recuperar su brío habitual.

El señor Harrington tenía un hijo pequeño que se llamaba Joshua; con frecuencia venía solo a las cuadras, y me habían encomendado la tarea de velar por su seguridad. A partir de su cuarto cumpleaños, cuando el señor Harrington le compró un poni castaño de poca alzada, también pasé

a ser su maestro de equitación, y todos los días lo entrenaba en el arte de montar en el patio de la caballeriza; de ese modo, por ejemplo, debía sacar el pecho hacia delante, con los brazos doblados y los codos pegados a las caderas; las riendas debían estar ligeramente combadas, y tenía que sujetarlas con la mano floja y los pulgares descansando en cada ramal, al tiempo que adelantaba la cintura hacia el pomo para fundirse con los movimientos del poni. Era un pupilo entusiasta, aunque a veces demasiado impaciente para su propio bien, y para el del poni, y a veces debía recordarle que el mejor jinete comunica sus deseos a la montura a través de la boca: las manos moviendo las riendas, las riendas obrando sobre las anillas, las anillas sobre las barras del bocado. Sin embargo, Joshua y yo nos llevábamos bastante bien y nos hicimos buenos amigos. La única diferencia que surgió entre los dos fue con respecto al uso de la fusta: porque el señor Harrington le había regalado una, y se enfadó cuando le prohibí utilizarla.

—¡Mi padre fustiga al caballo! —objetó, y no le satisfizo mi contestación de que ningún caballero recurría jamás a la violencia salvo cuando era absolutamente necesario. Sobre esa cuestión me han contado que en los países árabes, célebres por sus magníficas monturas, apenas se utiliza la fusta, y yo deseo que aquí, en Inglaterra, pueda decirse lo mismo.

El señor Harrington también tenía casa en Bristol, y allí fue a pasar la familia unos meses en el invierno de 1765 a 1766. Debido a mi amistad con Joshua, los acompañé, mientras mi padre se quedaba en Harrington Hall. Me entusiasmó el bullicio y ajetreo de Bristol, con sus calles atestadas de gente, y pronto empecé a considerar la idea de buscar fortuna en el mar, en vez de seguir siendo un humilde mozo de cuadra. La casa del señor Harrington quedaba cerca de College Green, y por tanto a un corto paseo subiendo por Brandon Hill, desde donde podía seguir el paso de los barcos mientras avanzaban por el angosto canal del río y se dirigían con las velas desplegadas hacia mar

abierto, como pájaros batiendo las alas. Aún más próximo estaba el muelle propiamente dicho, que no se me quitaba de la cabeza y por el que rondaba continuamente, de modo que durante horas seguidas me quedaba viendo los barcos mientras se balanceaban y entrechocaban en la turbia y pestífera corriente, esperando el turno de descargar de las bodegas azúcar y ron, o tabaco y madera. Los marinos eran hombres de rostro moreno y curtido, con unos andares arrogantes que yo envidiaba e incluso trataba de emular. Entraba furtivamente en las tabernas y a escondidas oía sus conversaciones, y al escuchar las historias de dónde habían estado y lo que habían visto, me transportaba con la imaginación a aquellos países lejanos y exóticos, y vivía toda clase de aventuras inverosímiles.

Hacia finales de aquel invierno, me enteré de que un mercante con una carga insólita acababa de atracar en el muelle después de una larga travesía desde las Indias Orientales. Por las tabernas de la ciudad corría como un reguero de pólvora el rumor de que habían capturado una sirena y la iban a poner a la venta al mejor postor. Ansioso por ver tan curiosa criatura, que según decían era muy bella, de piel blanca como la nieve y cola semejante a la de la marsopa, se lo mencioné a Joshua, que de inmediato corrió a decírselo a su padre; con lo cual apareció el señor Harrington preguntando si estaba seguro de que se trataba de una auténtica sirena. Le contesté sinceramente que me habían asegurado que lo era, pero que no la había visto con mis propios ojos. El señor Harrington dijo que los viajeros solían volver con un cargamento de historias que luego resultaban falsas; no obstante, dada la cantidad de relatos que corrían sobre sirenas, no descartaba enteramente la posibilidad de que tales criaturas existieran, y por tanto deseaba que fuese al muelle con Joshua y averiguase lo que pudiese con respecto a la verdad o falsedad de esa historia.

Temiendo que llegáramos tarde, nos apresuramos por el puente de madera hacia el muelle, donde se había congregado un gentío junto a la enorme grúa al pie de la cues-

ta de la calle Princes. El buque en cuestión, que se llamaba *Dover*, estaba fondeado de costado, y mientras bajaban a tierra su cargamento, que en su mayor parte consistía en especias y otras mercancías de las Indias, abordé a uno de los marineros y le pregunté si habían bajado ya a la sirena. Con una sonrisa, me contestó que si le daba un chelín nos conduciría a Joshua y a mí hasta sus aposentos, donde podríamos peinarle sus negros cabellos. A punto estaba de entregarle el chelín cuando otro marinero me aseguró que no había a bordo ninguna criatura semejante; aunque sus camaradas y él habían avistado varias sirenas durante la travesía a lo largo de las costas de Madagascar y en torno al cabo de Buena Esperanza, y había resultado imposible capturar alguna, debido a los caníbales que habían intentado abordar la nave en su insaciable hambre de carne humana. Sin embargo, prosiguió, en el buque se encontraban varios animales exóticos y salvajes, pero por motivos de seguridad no podían desembarcarlos hasta que subiera la marea. Debo explicar aquí, para quienes no conozcan Bristol, que allí la marea sube con gran rapidez y hay un reflujó bastante considerable, entre siete y diez metros; de manera que con marea baja los buques se mecen en el barro con la quilla al descubierto y la punta de los mástiles rebasando a duras penas el nivel del muelle. Lo que supondría un gran inconveniente para aquellos que deseen cargar y descargar sus mercancías, de no ser por las grúas emplazadas a lo largo del muelle y que pueden remontar cualquier carga como si fuera una pluma. Ahora que estaba bajando la marea, era prudente esperar hasta la madrugada siguiente para desembarcar los animales. Pregunté al marinero a qué especies de animales se refería, y mencionó un leopardo, un caballo a rayas, dos elefantes y un babuino de barba blanca y testículos azules.

—¿Azules? —pregunté.

—Tan azules como los colores de ahí arriba —me aseguró señalando al cielo; información tan inverosímil que inmediatamente taché de falsa.

Pregunté al marinero cómo era el elefante; me contestó que no tenía parangón en la tierra.

Joshua y yo esperamos más de dos horas, ansiosos por echar un fugaz vistazo a los animales, pero cuando empezó a caer la tarde pensé que era mejor volver a casa del señor Harrington. Transmití la aclaración del marinero al señor Harrington, quien manifestó su interés por ver a tales criaturas. La señora Harrington, que se encontraba presente, advirtió a su marido:

—John, no nos conviene iniciar una *ménagerie*.

Era la primera vez que oía hablar de una *ménagerie*; es una palabra francesa que significa colección de animales. El señor Harrington contestó:

—No tengo intención de hacerlo, te lo aseguro.

A primera hora de la mañana siguiente, volvimos al muelle acompañados del señor Harrington. Con la pleamar en su punto álgido, la cubierta del *Dover* estaba al mismo nivel del muelle; y en medio de un gran vocerío observamos cómo la enorme grúa iba depositando cinco sólidas y oscilantes jaulas a un lado del muelle. La operación duró más de una hora, y a medida que pasaban los minutos, otra muchedumbre, casi tan numerosa como la del día anterior, se iba congregando para contemplar el espectáculo.

El patrón del *Dover* era un tal capitán Elias Hall, hombre corpulento de facciones enrojecidas que parecía incómodo embutido en su traje almidonado. Empuñando un cincel, hizo palanca y arrancó dos tablas de la primera jaula, que se desenganchó del arnés y cayó pesadamente al suelo. Contenía el caballo a rayas, criatura conocida con el nombre de cebra, y al instante vi que se había roto las dos patas delanteras y estaba al borde de la muerte. Su sufrimiento afligió mucho a Joshua, pero el contenido de la siguiente jaula que abrieron era aún más penoso de contemplar, porque hacía mucho que el leopardo había perdido toda esperanza de recuperación. Aquella bestia constituía claramente el trofeo máspreciado del capitán, que había esperado, sin duda, venderlo a algún caballero por

una cuantiosa suma de dinero, e hizo todo lo que pudo por espabilar al pobre animal dándole patadas y tirándole del rabo, esfuerzos vanos, porque estaba miserablemente muerto, pues, en efecto, había empezado a heder. La tercera jaula, bastante más pequeña, contenía un babuino de color rojo anaranjado con una pulcra barba blanca y testículos azul cielo, tal como había asegurado el marinero; tiritando como si tuviera frío, y sujetándose la cabeza con las manos, se hallaba acurrucado en un rincón de la jaula. Alguien gritó para exigir que lo sacaran de allí, pero otro dijo que era sumamente peligroso y mordería a discreción. Joshua rompió entonces a llorar, diciendo que quería volver a casa, pero el señor Harrington lo disuadió.

En la siguiente jaula que abrieron había un enorme animal de color gris, tumbado de lado, con las patas traseras encadenadas y rebozado en sus propios excrementos. En mi ignorancia no tenía idea de si era terrestre o marino, porque en verdad no se parecía a criatura alguna que hubiera visto o imaginado, salvo quizá a una ballena. Oí la palabra «elefante», pero en mi perplejidad apenas reparé en su significado. Disponía de dos enormes alerones por orejas, cuatro patas gruesas y una protuberancia en forma de serpiente que le colgaba del centro del hocico. Desde lejos parecía lampiño, aunque observándolo de cerca vi gruesos y ásperos pelos que le brotaban a intervalos entre las grietas y fisuras de la piel, que era del color de la ceniza. Tenía los ojos cerrados. Para mí que estaba tan muerto como el leopardo, y al parecer el capitán Hall también lo temía, porque ordenó a dos de sus marineros que le echaran agua de mar por encima. Ante el impacto del agua, la criatura no abrió los ojos aunque hizo un pequeño movimiento con la cabeza, después de lo cual un grupo de marineros lo sacó de la jaula, y, a pesar de su enorme volumen, logró incorporarse. Pero incapaz de mantenerse en pie, enseguida se desplomó, y a punto estuvo de aplastar con su peso a uno de los marineros. No me sorprendió que no pudiera sostenerse, pues tal como acababan de informarme, había esta-

do confinado en aquel reducido espacio, y prácticamente a oscuras durante toda la travesía, cosa de noventa y un días, tiempo durante el cual lo habían alimentado con magras raciones de galletas y raíces. Resultaba fácil imaginar el sufrimiento que había soportado la criatura, así como la confusión de su mente; lo raro era que hubiera sobrevivido a la travesía.

Cuando se abrió la última jaula vimos a otro elefante, en un estado aún más desesperado: un montón de piel grisácea.

El señor Harrington y el capitán Hall se apartaron a un lado y se pusieron a cuchichear en privado, mientras yo me enteraba de más detalles a través del marinero. Me contó que los dos elefantes no eran sino crías, y apenas tenían la mitad de la talla que acabarían alcanzando, algo que personalmente me pareció increíble, pero él me aseguró que así era, que otro elefante, un macho, que también habían capturado y embarcado, tenía al menos el doble de tamaño y estaba provisto de largos colmillos. Cuando pregunté dónde estaba aquella prodigiosa criatura, el marinero me contestó que una noche, en el apogeo de una violenta tempestad, rompió las cadenas, abrió de golpe la jaula y corrió alocadamente a todo lo largo y ancho del barco, bramando y barritando. Se temía que, con su peso y tamaño, cargara contra el costado de la nave y le hiciera un boquete, pero volver a capturarlo en su furioso estado, incluso con el mar en calma, habría sido una operación de lo más arriesgada; durante una tormenta, no podía siquiera considerarse. Sin embargo, el elefante pronto resbaló y cayó gimiendo en la encharcada cubierta, a raíz de lo cual lo amarraron con redes, cuerdas y cadenas. No volvió a moverse, y como rechazó el pienso y el agua murió a los tres días. El capitán Hall, que esperaba venderlo por una gran suma, lamentó mucho su fin, pero la tripulación se sintió aliviada al verse libre de tan peligroso animal, y se regocijó con la carne de la res muerta. Pregunté al marinero a qué sabía la carne de elefante, y me dijo que tenía muy buen sabor, similar

al del buey, aunque de textura más recia. Los restos que quedaron se arrojaron por la borda, no sin antes extraerle los colmillos y los dientes, que se depositaron en la cabina del capitán Hall.

Revelando mi ignorancia, le pregunté qué quería decir con «colmillos», ante lo cual abrió los brazos y describió dos grandes cimitarras de cuerno blanco que sobresalía no de las sienas, tal como cabría suponer, sino de unas cavidades en el cielo de la boca del elefante. El marinero dijo que era de lamentar que la naturaleza no hubiera dotado a los seres humanos de tales armas, pues habrían resultado de mucha utilidad. Afirmó asimismo que quien comprara aquellos jóvenes elefantes lamentaría su adquisición, porque al hacerse mayores manifestarían su cólera e irritabilidad, tal como había hecho el macho furioso.

Recordando las palabras del señor Harrington sobre las historias de los viajeros, pensé que su relato sobre los colmillos gigantesos podría contener más invención que realidad; sin embargo, acto seguido sacaron del barco tanto los colmillos como los dientes del macho muerto. Los dientes se encontraban bastante desgastados, testimonio de años de rechinarlos, y me recordaron a los de los caballos, aunque mucho más grandes, dos de ellos enormes, como ladrillos de construcción, y los colmillos eran suaves, curvos y largos, pero no tanto como me había dicho el marinero. Uno era algo más largo que el otro y tenía la punta afilada, mientras que la del colmillo corto era roma. Además, cuando los comparó con cimitarras, me los imaginé con un filo cortante que cercenaría la mano de un hombre como la hoja de una espada; pero eran redondeados. En cuanto al color, tendían más al crema que al blanco.

El señor Harrington se me acercó ahora, y me dijo:

—En tu opinión, Tom, ¿es probable que vivan esas desdichadas criaturas?

Me sentí enormemente halagado de que me pidiera mi opinión, y también muy poco seguro de la contestación

que pudiera darle. Los dos elefantes respiraban, pero poco más cabía decir en su favor; parecía poco probable que sobrevivieran mucho tiempo. No obstante, no deseando que mi respuesta fuera del todo negativa, sugerí, lleno de confianza, que se les diera agua dulce y que si accedían a beber sería señal de que podrían vivir. Sin demora trajeron cubos de agua que colocaron delante de los animales. Como tenían los ojos cerrados, difícilmente podían percatarse de lo que les ofrecían; por consiguiente, tras recibir permiso del capitán Hall, me agaché cautelosamente junto al elefante que tenía más cerca, una hembra, y le eché un poco de agua en el hocico. Como no reaccionaba, le levanté la trompa —como después supe que se llamaba— y me la apoyé en el cogote. Aquel momento, cuando toqué a un elefante por primera vez, cuando sentí la sequedad, las arrugas, el calor de su piel, tan cálida como la de un ser humano, me resulta difícil describirlo, pero una gran oleada de ternura recorrió de arriba abajo todo mi ser. Incorporándome despacio, estuve en condiciones de levantarle la trompa y abrirle la boca, y en aquella oscura caverna vertí cierta cantidad de agua. Se perdió en la garganta de la criatura como un arroyo desaparece en un hoyo en el suelo. Eché todo el contenido del cubo, y cuando alargaba el brazo para coger otro pareció que la trompa de la elefanta se me escurría del cuello enroscándose hacia su boca en busca de más frescos. Aquella señal de vida me produjo un gran regocijo. Después de darle el segundo cubo, dirigí la atención al otro elefante, que era macho según veía ahora, porque dos breves colmillos le sobresalían de la piel por encima de la boca. Le levanté la trompa, mucho más pesada que la de la hembra, y la puse sobre mi cogote; pero aunque le eché tres cubos enteros de agua por la garganta siguió sin moverse, y ya parecía sin remedio. El señor Harrington, que había estado atento a todo esto, se volvió ahora hacia el capitán Hall.

Yo suponía que el señor Harrington tenía intención de comprar los colmillos o algunos dientes; no se me ha-

bía ocurrido que quisiera adquirir los elefantes. No era, en general, de los que actúan por capricho ni por antojos pasajeros; meditaba suficientemente sus decisiones, que se basaban en la razón. Creo que los compró en parte por compasión, en parte para agradar a Joshua, a quien adoraba, y en parte también como una astuta operación comercial que podría producirle grandes beneficios. Por lo que yo sé, pagó la suma de cincuenta guineas por la pareja. El capitán Hall, guardándose las monedas en el interior de la casaca, no parecía muy contento, pero como ningún caballero había presentado otras ofertas, no tenía mucho donde elegir. Si los elefantes hubieran muerto, como habría sido lo más probable, no le habrían rendido nada sus esfuerzos.

Al poco, el señor Harrington me envió a por una carreta y dos caballos, y corrí como el viento hacia College Green, esquivando trineos de carga, carretones y carromatos. Martin Pound, otro mozo de cuadra del señor Harrington, también había venido a Bristol. Era viejo, con más de sesenta años, y muy lento, tanto de actos como de entendederas; en realidad creo que quizá había sido siempre lento, pero la edad lo había vuelto aún más torpe.

—¿Elefantes?

—Sí.

—¿Dos elefantes? ¿El señor Harrington ha comprado dos elefantes?...

—Así es.

Cuanto más trataba de que Martin entendiera la necesidad de apresurarnos, más parsimonioso se volvía. Se sentó en un taburete de madera y sacudió la cabeza con aire compungido, como perplejo por el alcance de la insensatez humana.

—¿Dos elefantes? ¿Por qué? ¿Dónde van a vivir? ¿Quién va a cuidarlos? ¿Qué comerán? ¿Son muy grandes?

Al cabo se puso rígidamente en pie y se dirigió cojeando a la cochera, pero pasó más de una hora antes de que engancháramos las caballerías a la lanza y volviéramos al muelle.

El elefante macho seguía vivo en el interior de su jaula, pero su respiración era muy rápida y desigual, y consideré que se encontraba al borde de la muerte. Las tablas de la jaula estaban sujetas con clavos, y con gran dificultad y alboroto la cargamos en la carreta, que subió traquetean-do la cuesta hasta College Green. Una vez descargada en el patio de las cuadras, la carreta se apresuró de nuevo hacia el muelle para recoger a la hembra.

Después de colocar cada jaula en una cuadra individual, Martin y yo desmontamos las tablas mientras Joshua y su padre observaban la operación. En aquel momento apareció la señora Harrington. Se quedó pasmada ante la adquisición de su marido, tal como cabía esperar después de las garantías que él le había dado.

—¿Es una decisión prudente? —exclamó—. ¿No has pensado que estos animales pueden ser peligrosos?

El señor Harrington, con los brazos en jarras, repuso que los elefantes no presentaban de momento peligro alguno —porque desde luego no se encontraban en condiciones de hacer daño a una mosca—, y además no eran rapaces ni crueles, como los tigres o los lobos.

—Al contrario, por lo que me han dicho, son bestias inteligentes, de temperamento afable, que se convierten en servidores muy preciados y leales. Si es así en las Indias, ¿por qué no aquí, en Inglaterra? Además, estarán en todo momento al cuidado de Tom y Martin. No hay nada que temer.

Una vez acomodados ambos animales sobre un lecho de paja, les cortamos los grilletes con los que habían estado encadenados durante la travesía. Les habían producido mucha irritación y desgarrones en la piel, y las heridas supuraban un líquido pestilente. Las limpiamos y vendamos lo mejor que pudimos. A lo largo de la operación, los elefantes no se movieron, y, en efecto, pasaron muchas horas tumbados, exhaustos y durmiendo, mientras el sol entraba por encima de las puertas del establo iluminando sus cuerpos grises y arrugados. Entre las vigas cotorreaban los

gorriones, y de cuando en cuando algún atrevido se posaba en la oreja del elefante más fuerte, la hembra, y brincaba sobre su cabeza. Se puso el sol, cayó la noche; y como al día siguiente no se había producido cambio alguno en su estado, me pregunté si habría que sangrarlos (y efectivamente, mi padre, muy partidario de la sangría, me regañó más tarde por no haberlo hecho). A decir verdad, no estaba muy seguro de encontrar bajo la piel gris alguna vena que pudiera abrir, y Martin no era de mucha ayuda. Me dijo que había sido mozo de caballos durante toda la vida, no mozo de elefantes, y que no sabía ni quería saber nada de aquellos animales, y deseaba tener que ver lo menos posible con ellos. Si de él dependiera, añadió, bien podría ocuparme yo solo de aquellas criaturas. Aunque yo tampoco sabía nada sobre el cuidado y el comportamiento de los elefantes, quedé extrañamente complacido con el acuerdo.

Mientras así yacían, tuve una excelente oportunidad de empezar mi educación en materia de elefantes inspeccionando cada centímetro de su cuerpo. Tenían la piel tan áspera que en algunas partes parecía el lecho de una laguna seca, aunque era más tersa de lo que había imaginado. Sus enormes orejas, surcadas de arrugas, eran duras, y en las pezuñas les brotaba toda una serie de uñas huesudas, con los dedos ocultos entre la carne. En las delanteras tenían cinco uñas, mientras que en las pezuñas traseras se contaban cuatro en cada una, y la piel que les cubría las plantas era tan dura que parecía cuerno. Cosa rara era la cola, de unos dos pies de longitud, colgante, acabada en un mechón de pelo, semejante al rabo del buey; lo que me pareció indigno de animales tan grandiosos.

Con cierto temor les abrí la boca. La lengua era gruesa y carnosa y en cada mandíbula tenían cuatro enormes molares para triturar, pero ninguno para cortar. Tanto los dientes del macho como los de la hembra aún eran fuertes y estaban poco desgastados, y teniendo eso en cuenta, al compararlos con el desgaste de los dientes del caballo, calculé que los elefantes tendrían entre ocho y diez años de

edad. Al examinarles la trompa, me percaté de que al final no sólo tenían un par de orificios nasales, sino también, en la parte superior de esas ventanas, una especie de protuberancia o prolongación, como un dedo, que es el medio del que se vale el elefante para coger objetos menudos. Desconozco el nombre de ese dedo, aunque a menudo pienso que debe de llamarse de algún modo.

Pude tomar las dimensiones de ambos animales, que en aquellos momentos eran las siguientes:

HEMBRA

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro 12 pies, 11 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro 7 pies, 3 pulgadas
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola 9 pies exactos
- Trompa 5 pies, 1 pulgada
- Diámetro de la pezuña 9 pulgadas

MACHO

- De pezuña a pezuña,
por encima del hombro 14 pies, 11 pulgadas
- Altura, perpendicular
desde el hombro 8 pies, 5 pulgadas
- De la parte alta de la cara
hasta la inserción de la cola 10 pies, 2 pulgadas
- Trompa 5 pies, 10 pulgadas
- Diámetro de la pezuña 1 pie, 1 pulgada

De todo ello podemos deducir que en el caso de los elefantes, como ocurre en la naturaleza en general, la hembra es más pequeña que el macho.

Al igual que los del elefante muerto en el mar, los colmillos del macho eran de distinto tamaño. De la base a la punta, el colmillo derecho medía 13 pulgadas, mientras que el izquierdo apenas alcanzaba las 10 pulgadas, y

era algo más romo. Tal discrepancia parecía extraña a primera vista, pero después hallé la explicación, que consiste en que siempre utilizan el mismo colmillo para excavar —igual que las personas se sirven de una mano determinada para escribir—, razón por la cual se va desgastando poco a poco ese colmillo en particular.

Aunque no pude pesarlos, calculo que cada uno tendría un peso equivalente al de un toro grande, o algo menos, porque habían padecido hambre durante la travesía y la piel les colgaba de los huesos. Mientras dormían, el pequeño Joshua hizo frecuentes visitas a las cuadras —porque, como yo, según creo, se había enamorado de los elefantes—, y juntos observábamos cómo sus cuerpos subían y bajaban con cada aliento que tomaban. Posábamos la mano en sus cálidas pieles, o poníamos la oreja en sus costados para escuchar el lento latido de sus corazones. En una ocasión, según recuerdo, me preguntó si iban a morir, y yo le dije que esperaba que no.

—No van a morir —declaró con voz furibunda—, yo no permitiré que mueran.

A raíz de lo cual se arrodilló y empezó a rezar por su recuperación, y yo me arrodillé a mi vez, y quién puede decir que nuestras oraciones no fueron atendidas, porque muy pronto el más fuerte de los dos elefantes, la hembra, bebió abundante agua para luego volver a dormirse. El macho se debatió entre la vida y la muerte durante mucho más tiempo, y aunque bebió agua al tercer día no fue sino hasta más de una semana después cuando inició una lenta recuperación.

Al cabo de dos largas semanas, ambos elefantes se pusieron en pie con dificultad, y pude tentar su apetito con heno fresco y verduras, de las que compré gran cantidad en el Mercado del Trigo de la calle Union. Una vez que recuperaron el hábito de alimentarse, comieron con enorme premura, atiborrándose la boca, aunque podría decir llenándose si el elefante no poseyera una boca de tal capacidad. Les gustaban la fruta y las verduras de todas clases,

incluso nabos, judías verdes y patatas, y mostraban una afición desmedida por las zanahorias. Recuerdo la gran excitación de que ambos hicieron gala cuando deposité por primera vez un montón de zanahorias en sus respectivos comederos. El deleite que éstas les procuraban era tan considerable que establecí la conjetura de que los elefantes debían de conocer esa planta; en definitiva, que el sabor de las zanahorias debía de estimular recuerdos de su vida en estado natural. No estoy seguro de que sea así; he preguntado a varios viajeros que han visto manadas de elefantes en El Cabo y las Indias, pero ninguno ha sido capaz de recordar la presencia de zanahorias.

Su consumo de agua era colosal, equivalente a doce barriles diarios, y también les daba leche, con objeto de ayudarlos a recobrar las fuerzas. En este punto cabe mencionar que, cuando los elefantes beben, lo hacen por medio de la trompa, que utilizan como si fueran pajas, sorbiendo grandes tragos de líquido que luego se arrojan a chorro en la boca. He oído decir que los muy jóvenes no emplean la trompa para beber, sino que se agachan para hacerlo directamente con la boca; si es cierto o no, lo ignoro, pero nunca he visto que mis dos elefantes utilizaran la boca para beber. De todos modos, se movían torpemente, y no era raro que volcasen los cubos con las pezuñas, cosa que, cuando lo comprendían, suscitaba una expresión de sorpresa en su semblante. Resultaba evidente el placer que les deparaba comer y beber, y una vez que acababan la comida pedían más alimento balanceando la trompa y emitiendo pequeños chillidos.

Algo que pronto descubrí fue la calidad de su olfato, que era agudo, mucho más que el del caballo; no sabría decir si lo era tanto como el de un sabueso, pero cuando entraba en las cuadras con una zanahoria u otra exquisitez en el bolsillo, los dos elefantes la olían al instante, y la forma en que dirigían ávidamente la trompa hacia el bolsillo y, en efecto, rebuscaban en él, me hacía pensar que casi podían ver con la trompa. Eso no es natural, y sin embargo el ór-

gano olfativo de un elefante, que se halla en la punta de la trompa, es tan sensible que puede equipararse a un tercer ojo. En cierta ocasión, cuando el macho estaba dormido, oculté unas zanahorias bajo un montón de heno, y cuando se despertó detectó las zanahorias al instante echando el heno a un lado para alcanzar su bocado favorito.

Yo era muy consciente de su fuerza y su potencia, y tenía cuidado de no interponerme entre sus cuerpos ni de verme contra las paredes de la cuadra, donde fácilmente podría resultar aplastado. No los perdía un instante de vista; ni una sola vez les daba la espalda ni les permitía aprovecharse de la trompa, que de pronto balanceaban en mi dirección. Habían sufrido tanto durante la travesía que fácilmente podrían albergar cierto odio hacia los seres humanos, y no tenía intención de convertirme en su objeto de venganza. Si sentían odio, sin embargo, nunca lo mostraban con los ojos, que más bien parecían expresar un hastío absoluto.

En relación con el vasto tamaño del cráneo, el elefante tiene los ojos pequeños, muy juntos, y aunque mucho más menguados que los de los caballos, en apariencia más grandes y globulares, son de todos modos sumamente expresivos.

El señor Harrington y el pequeño Joshua acudían con frecuencia a ver a los elefantes, y el niño siempre quería acariciarlos, como hacía con los caballos; pero yo se lo desaconsejaba firmemente. Sin embargo, lo retenía contra las puertas de la cuadra y él entonces ofrecía a cada grandioso animal una zanahoria, que ellos le quitaban de las manos de un tirón.

—¿Crees que olvidarán alguna vez la experiencia de la travesía? —me preguntó una vez el señor Harrington.

Le contesté que tanto perros como caballos recordaban los malos tratos muchos años después de haberlos sufrido. El señor Harrington repuso que uno de sus conocidos, un tal señor Coad, que había viajado a menudo a las Indias, le había explicado que los elefantes poseían una

memoria superior a la de otros animales, que en ese sentido quizá sólo fueran por detrás del hombre, y por tanto era probable que algunos vestigios de su terrible experiencia no desaparecieran jamás.

—Tengo el convencimiento, sin embargo —continuó—, de que tratándolos con consideración y respeto podremos hacer que esos desdichados recuerdos vayan atenuándose poco a poco en su mente.

La señora Harrington también nos visitaba. Los elefantes la ponían sumamente nerviosa, y aún más cuando veía que Joshua les daba zanahorias. Su marido le aseguró que el muchacho se encontraba a salvo, pero ella seguía mostrándose temerosa.

—¡Tom cuidará de mí! —exclamó el chico con vehemencia, pero yo le hice callar.

La señora preguntó si los elefantes iban a crecer más, y el señor Harrington dijo que creía que iban a hacerse mucho más grandes, el macho aún más que la hembra.

—Nadie más tiene elefantes, ¿por qué nosotros sí?

—Si los hubiera dejado en el muelle, se habrían muerto.

—Mejor habría sido —replicó ella.

El señor Harrington:

—¿Por qué?

La señora Harrington:

—Porque según vayan aumentando de tamaño más peligro supondrán.

El señor Harrington:

—Que se hagan más grandes no significa que se vuelvan más peligrosos. Ahora son bastante pacíficos, ¿no te das cuenta?

—De momento, lo son.

Sin embargo, la señora Harrington no parecía muy convencida. El señor Harrington sonrió y dijo:

—¿Habrías preferido que te hubiera traído un criadito negro para que fuera tu apreciado esclavo?

—En absoluto —replicó ella—, ya sabes que aborrezco la esclavitud, es una costumbre propia de bárbaros.

—Pero satisface una necesidad —repuso él—, y en realidad la mayoría de los esclavos siente agradecimiento hacia sus amos, pues ¿cómo, si no, iban a vestirse y alimentarse? ¿Cómo harían para vivir?

—Puede que sí y puede que no, pero sigo sin entender qué te propones teniendo a estas criaturas.

—Yo tampoco estoy muy seguro, pero todo tiene un propósito. A su debido tiempo, podrán criar.

—¡Vaya, espero que no! —exclamó la señora Harrington—, si es que son hermanos, como has dicho.

—Eso fue lo que me dijo el comandante del *Dover*, pero ¿quién sabe? —repuso el señor Harrington.

Por primera vez oía que los elefantes eran hermanos, así como que podrían criar. La historia de los elefantes antes de su captura es un espacio en blanco, y durante mucho tiempo ni siquiera supe a ciencia cierta si procedían de las Indias o del Cabo, aunque esa duda en concreto la resolví posteriormente cuando el señor Coad, a quien ya he mencionado, vino a Harrington Hall a ver a los dos animales, y me dijo que debían de proceder de las Indias: porque allí, el macho tiene colmillos pero la hembra no; sin embargo, en la isla de Ceilán ningún elefante, ni macho ni hembra, llega a tenerlos, mientras que en El Cabo tanto el macho como la hembra poseen colmillos, aunque los de la hembra son muy cortos.

Me intrigaba el hecho de que criaturas tan enormes pudieran ser reducidas a una vida en cautividad. ¿Las atrapaban con redes? Lo hicieran como lo hicieran, me parecía a mí, la operación debía de ser sumamente peligrosa, porque si el elefante se resistía a la captura, como cabía imaginar, ¿quién sería capaz de hacerle frente? Más adelante me enteré de dos procedimientos con que los hacen prisioneros en las Indias.

El primero se utiliza para capturar elefantes macho sin hembra y con grandes colmillos que, según el señor Coad, se denominan *tuskers*. Se envía a la jungla a una hembra domesticada; cuando encuentra una manada de elefantes,

se insinúa a uno de los *tuskers*, haciéndole caricias con la trompa hasta inflamarlo de deseo. Cuando el macho responde a sus insinuaciones, la hembra lo aleja arteramente de su familia y lo conduce a un rincón tranquilo donde, tal como él espera, se consumará la conquista, y con la mente absorta en ese menester dos jóvenes nativos se le acercan sigilosamente y le echan una especie de cuerda en torno a las patas traseras. Luego enroscan la cuerda en algún árbol robusto. La astuta hembra se aparta entonces del *tusker*, que al descubrirse las ligaduras en las patas sufre un tremendo arrebato de ira, y se pone a bramar y barritar con estruendo mientras intenta recobrar la libertad. Finalmente, al cabo de unas horas parece caer en un trance de desesperación, pero enseguida le vuelve la furia y de nuevo empieza a bramar, tratando de arrancar el suelo con los colmillos, para luego volver a entregarse a la desesperación, y así sucesivamente durante varios días, hasta que el ansia por comer y beber domina su furor.

El segundo método, según creo, es el que debieron de utilizar con los elefantes que ahora tengo a mi cargo. En esta modalidad intervienen centenares de nativos, que forman un amplio círculo en torno a una manada que se encuentra pastando en la jungla. Al principio los nativos procuran no alarmar a los animales, pero mediante hogueras y antorchas inducen poco a poco a la manada a que avance en determinada dirección, es decir, lejos del ruido y el clamor, hacia un cercado especialmente preparado que en lengua hindi se conoce como *keddah*. A veces tardan hasta una semana en hacer que la manada llegue al *keddah*. Ese recinto está formado por vigas verticales y transversales que forman una barricada, reforzada por una profunda zanja, que en realidad constituye una serie de espacios conectados de los cuales el primero es grande, el segundo, más pequeño, el tercero aún más chico. Las barricadas están ocultas por espinos y bambúes, pero al acercarse, los elefantes se muestran recelosos y tratan de retroceder, para encontrarse con estridentes gongs y vibrantes sonajeros.

Una vez que entran en el primer recinto, se cierra un portón y no tienen más remedio que avanzar hasta el segundo, que se cierra a su vez, hasta que al final llegan al tercer espacio cerrado. Ya altamente alarmados en ese punto, los elefantes cargan desbocados, pero al ser repelidos en todo momento acaban congregándose en un irritable grupo, sin saber qué hacer, y ahí permanecen durante un día entero hasta que se abre una pequeña puerta que conduce a un angosto pasadizo. Allí se arroja comida, para tentarlos, y cuando alguno entra, la puerta se cierra. El elefante intenta dar la vuelta pero no hay sitio suficiente; trata entonces de salir hacia atrás, pero el camino está cortado: no tiene otro remedio que seguir avanzando más y más, con la mente girando en un remolino de terror y confusión, hasta que se ve confinado en un angosto espacio. Lo sujetan con sólidas cuerdas y allí, hasta que se le pasa la furia, es decir, hasta que lo somete el hambre, permanece durante una semana o un mes, o más tiempo aún, en compañía de un hombre conocido como *mahoot*, que será su cuidador durante el resto de su vida. Ese hombre nunca se aparta del elefante, y atiende a todas sus necesidades; de modo que el animal llega a depender de él, entendiendo sus órdenes y haciendo lo que sea preciso para complacerlo. En verdad, el elefante es esclavo de ese hombre, aunque hay una diferencia con respecto a los esclavos humanos: que le sirve gustosamente, con cariño, sin poner en duda su posición ni abrigar el menor resentimiento; porque en la mente del elefante, su cuidador, por modesto o humilde que sea su rango en la sociedad humana, es una especie de Dios.